



Abrir el corazón para mirar

Dora M^a Ruíz Galindo

Quisiera que esta página se convirtiera para quienes la lean en

una ventana para mirar –como dicen los tzeltales– con los ojos y el corazón abiertos. Para *mirar* la educación rural como una respuesta a la demanda de cambio en las regiones indígenas y campesinas de México. Para *mirar* la educación como un espacio de desarrollo humano. Para *mirar* y ver que esta educación es una responsabilidad de todos y no sólo de unos cuantos.

Los campesinos e indígenas, más del 10% de los mexicanos, pertenecen a la llamada “zona del olvido social”; su situación es paupérrima. Según el Instituto Nacional Indigenista, a finales de 1995 había más de nueve millones de indígenas en México, de los cuales un millón y medio estaban en edad escolar. Basta pasar unos pocos días en alguna de las comunidades de la montaña para darse cuenta de sus necesidades, de su marginación impuesta. No cuesta trabajo descubrir que los procesos de desintegración que padecen se deben, entre otros factores, a una educación ajena a sus intereses y necesidades: la inadaptación con el idioma materno, los contenidos extraños a su contexto cultural, etc.

Buena parte de los que educan a los indígenas *miran* desde los planes y programas importados de fuera; extraños para la situación a la que se aplican. Diseñar y operativizar un programa para ellos es un problema complejo. Los que apostamos por ofrecer una solución tenemos que asumir, junto con los indígenas y campesinos, la

responsabilidad y el compromiso de *mirar* con el corazón abierto; un proceso quizás largo e inseguro, pero necesario.

Las opciones que se propongan deberán girar en torno a la construcción y/o reconstrucción de la identidad grupal, comunitaria, familiar e individual. Una identidad que les procurará su autonomía y les capacitará para emplear sus herramientas intelectuales y comunicativas en

favor de su calidad de vida y en diálogo con el resto de la nación. No se trata de restaurar un pasado puro e idealizado, sino de fortalecer sus vejados procesos culturales y en desventaja ante los otros modelos más poderosos. Esta tarea, compleja y difícil, nos compete a todos.

Con esta idea surgió en 1995, entre milpas y cafetales, la Escuela Secundaria Emiliano Zapata en

Guaquitepec, municipio de Chilón, Chiapas. Surgió de una comunidad cansada de esperar una escuela de educación media básica durante más de diez años; surgió de las ganas de una vida digna.

Cuando muchos sueñan juntos y el corazón está dispuesto a comprometerse con el sueño, éste empieza a tornarse realidad. Pienso que objetivar éste y otros proyectos similares es un imperativo ético, ya que la posibilidad de una vida digna y poder recorrer caminos de esperanza y felicidad es un derecho de todas las gentes que nos debiera comprometer a todos. Ya dijo Freire: “Cambiar es muy difícil pero es posible. De ahí la necesidad que tenemos los que luchamos por cambiar de hacer lo posible hoy, para que lo que no es posible hoy, sea posible mañana”. ■

Cuando muchos sueñan juntos y el corazón está abierto a comprometerse con el sueño, éste empieza a tornarse realidad
